

Los motivos inconscientes de las guerras

Por ENRIQUE GUARNER

LA carta de la UNESCO dice textualmente: «Las guerras comienzan en las mentes de los hombres». Este aserto es absolutamente cierto puesto que todos los países poderosos se han mezclado en diferentes aventuras militares. Históricamente Egipto bajo la decimoctava dinastía extendió ampliamente su territorio. Los persas durante el reinado de Dario atacaron Grecia y a su vez los helenos con Alejandro invadieron el este y llegaron a la India. Roma tuvo numerosos periodos de expansión y subyugó a lo largo de varios siglos al mundo conocido, hasta que las tribus bárbaras la derrotaron.

Este tipo de agresión siguió con las conquistas de los musulmanes y condicionó el que los países europeos limitaran a través de las Cruzadas su expansión. A partir de que se unificó España fue transformándose en una nación poderosísima y descubrió un continente, proclamando que le pertenecía. Bajo Felipe II oprimió a los Países Bajos y envió a un fracaso a la llamada «Armada Invenible» para invadir Inglaterra.

El «Roi Soleil» de Francia se dedicó al pillaje en la parte central de Europa y posteriormente este mismo país aprovechando la ideología que aportaba la Revolución y el genio militar de Napoleón Bonaparte puso Europa a sus pies.

Inglaterra desde los tiempos de Enrique VIII y su hija Isabel se apropió de territorios e hizo todo tipo de guerras. Hasta la misma Suecia tuvo su época marcial y quiso apropiarse del suelo ruso.

No digamos nada de las guerras que a partir de 1870 desarrolló un país tan militarista como Alemania, que se lanzó a la ofensiva y con enorme crueldad ocupó casi toda Europa. Japón, que también formaba parte del Eje, quiso incorporar a su territorio el Pacífico. Desde la caída de estas naciones surgió la rivalidad de los vencedores, la Unión Soviética y Estados Unidos. Este último ha desarrollado desde el año 1946 guerras en Corea, Vietnam, Grenada, Panamá y recientemente en el Golfo Pérsico.

Podría afirmarse que tarde o temprano todas las grandes potencias que han existido en el mundo terminan por perder alguna guerra, lo cual ocasiona la supremacía pase a otra. La razón para que ello suceda es una falta de percepción, porque la meta que se esperaba alcanzar resulta siempre fatalmente inasequible como lo constituye el dominio del mundo.

Es por ello difícil determinar en forma específica la causa de cualquier guerra, aunque se puedan identificar algunos de los elementos que la desencadenaron. En general, la idea básica siempre permanecerá oculta. Si tomamos en cuenta el mecanismo de la proyección veremos que la mayoría de los conflictos poseen como característica el pensamiento de que mi país es noble y virtuoso, mientras que los rivales son malos y peligrosos. Esta reflexión puede verse constantemente. Los alemanes iniciaron la Segunda Guerra Mundial asegurando la superioridad y pureza de su raza. Todos los demás pueblos estaban contaminados y los judíos se habían apoderado del dinero y de los medios de comunicación. A su vez los soviéticos creían que tenían la misión de traer la utopía del triunfo de la clase trabajadora en contra de la explotación capitalista. En tanto que Estados Unidos sostenía la convicción de la victoria de las democracias y la libre empresa sobre el demonio, que según ellos representaba el comunismo. De Gaulle basándose en la historia y cultura de su país ofrecía la restauración de la «grandeza de Francia».

Resulta alarmante que todos estos nacionalismos contengan la semilla de lo que los psicoanalistas hemos observado en los pacientes paranoicos, porque los líderes exageran la moralidad y justicia de sus acciones y buscan explicaciones frecuentemente desproporcionadas para emprender cualquier acción militar. Esto que acabo de señalar es en mi opinión el peligro principal inherente de cualquier nacionalismo.

Frecuentemente el amor hacia el propio país puede

adquirir una connotación santa. Tal es el caso de la expansión del Islam iniciada en el año 632, y que partiendo de la Península Arábiga se extendió por el norte de África hasta España. Aquellos que se rehusaban a aceptar la fe mahometana eran decapitados porque «el error no tiene derecho de existir», o sea, que se convertía a los herejes por la fuerza. Por supuesto que el profeta había inculcado principios deseables como el monoteísmo, la desaparición de la pobreza y la honestidad de los negocios; pero no se puede negar que la persecución de los infieles fue llevada a cabo con el fuego y la espada. Esta situación no justificada está resapareciendo a fines del siglo XX con las acciones que Saddam Hussein ha iniciado en Irak.

Sin embargo, el fanatismo de los pueblos islámicos no es menor que aquel que observamos en los civilizados europeos. Basta con estudiar el siglo XVII, cuando los católicos y protestantes se atribuían todas las virtudes achacando a sus enemigos estar poseídos por Satanás. Para que se vea a los extremos a los que llegaron durante la llamada «Guerra de treinta años», se supone que se exterminó a un tercio de la población; así como desaparecieron las cuatro quintas partes de las villas de Alemania y los Países Bajos; sólo porque tenían ideas diferentes en la lectura de la Biblia.

Consideraciones psicológicas

Como hemos visto, cuando surge una guerra se justifica siempre que es en defensa propia y se carga al adversario con el impulso agresivo. En realidad, el psicoanálisis debería inquirir sobre el aspecto destructivo que se halla en los dos o más rivales, porque detrás del aparente motivo puro y noble, se esconde la hostilidad inconsciente, así como los deseos de muerte hacia el enemigo.

Tal vez esta sea la razón por la que Sigmund Freud, quien se vio involucrado en la Primera Guerra Mundial y tuvo dos hijos luchando por las potencias centrales, así como había sido un admirador de Aníbal y de Massena; se declaró incompetente para encontrar una solución a la beligerancia entre las naciones.

A pesar de sus reservas el descubridor del psicoanálisis publicó en 1915 «Pensamientos sobre los tiempos de guerra», en los que reflexiona acerca de la desilusión que no ha logrado detener la barbarie inconsciente del ser humano. Para Freud el freno durante la paz se debe a una moral hipócrita, porque todos llevamos dentro el impulso de muerte y la crueldad.

Edeard Glover escribió en 1946 un ensayo que intituló «War, sadism and pacifism», en el que postula que la invasión perpetrada sobre un país pequeño y débil por otro fuerte, da lugar a la fantasía infantil inconsciente de que la madre y el niño son víctimas de un padre violento y brutal. El psicoanalista inglés piensa que la nación intrusiva da rienda suelta a su sadismo y se produce un desorden mental dentro del grupo porque se acepta matar y se desinhiben los impulsos hostiles y sexuales.

Glover piensa que en el capitalismo el odio puede expresarse con mayor facilidad porque algunos individuos manejan los medios de producción. En el socialismo la agresión queda detenida porque el Estado manipula la economía.

En una serie de artículos el psicoanalista Keliniano, Robert Money Kysle considera tres elementos comunes en las guerras. El primero está representado por los símbolos sexuales fálicos fácilmente observables en todas las armas. El segundo es el edípico, en el que la situación de obediencia al padre se traslada al cumplimiento de una disciplina frente a un oficial. El tercero lo constituye el fundamento paranoico, que se reactiva pensando que el enemigo es el perseguidor.

A pesar de que la guerra ha persistido al través de los siglos, podemos afirmar que algunos cambios se aproximan. Uno de ellos fue el rechazo de la juventud americana contra sus líderes durante el conflicto de Vietnam. Por supuesto que la beligerancia no desaparecerá de la noche a la mañana, puesto que ya no suceden los milagros; pero la persona civilizada es cada día más intolerante hacia cualquier intervención armada. Esto no sólo se debe al incremento de la destructividad, sino por la prosperidad que se puede detener y que en el fondo nos